



## CAPÍTULO IV.

Dale un accidente de apoplejía al Arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas, y del modo con que salió de él.



IENTRAS yo me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, Don Fernando de Leiva se disponia para dejar á Granada. Visité á este señor ántes de su partida, para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia proporcionado. Viéndome tan gustoso, me dijo:—Mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tío el Arzobispo.—Estoy contentísimo, le respondí, con este gran prelado, y debo estarlo, porque ademas de ser un señor muy amable, nunca podré agradecer bastante los favores que le merezco; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion del señor Don César y de su hijo.—No creo que ellos la hayan sentido menos, dijo Don Fernando; pero puede ser que no os háyais separado para siempre, y que la fortuna vuelva á reuniros algun dia. Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar: entónces conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto que hubiera dejado con gusto al Arzobispo y cuanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado el obstáculo que me habia alejado de ella. Don Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto, que me abrazó diciendo que toda su familia se interesaria siempre en mi bienestar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y cuando me veia yo mas favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al Arzobispo una apoplejía, pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios, que sanó á muy pocos dias, aunque quedó algo tocado de la cabeza. Al primer sermón que compuso bien lo eché de ver; pero no hallando bastante perceptible la diferencia que habia entre éste y los ante-

cedentes, para inferir que el orador empezaba á decaer, aguardé á que predicase otro para decidir. Hizolo, y no fué menester esperar mas: el buen prelado unas veces se rozaba y repetia, otras se remontaba hasta las nubes, ó se abatía hasta el suelo: en fin, su oracion fué difusa, una arenga de catedrático cansado, ó un sermón de mision sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó, sino que casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo ecsaminasen, se decian al oido:—Este sermón huele á apoplejía. Vamos, señor censor y árbitro de las homilias, me dije entonces á mí mismo, prepárese vd. para hacer su oficio. Ya ve vd. que su ilustrísima declina: vd. está en obligacion de advertírsele, no solo como depositario de sus confianzas, sino tambien por temor de que alguno de sus enemigos se os anticipe: si llegara este caso, sabe vd. muy bien sus consecuencias; seria vd. borrado de su testamento, en el cual sin duda le tiene señalado una manda mejor que la biblioteca del licenciado Cedillo.

A estas reflexiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que yo juzgaba no recibiria con gusto un autor encaprichado por sus obras. Luego desechando esta idea, miraba como imposible que desaprobase mi libertad, habiéndomelo inculcado con tanto empeño. Añádase á esto que yo pensaba decírsele con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome que arriesgaba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Por fortuna el orador mismo me sacó de este cuidado, y preguntándome qué se decia de él en el público, y si habia gustado su último sermón. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes.—¿Cómo es eso, amigo? respondió sobresaltado, ¿habrá encontrado algun Aristarco?<sup>1</sup>—No, Señor ilustrísimo, le dije, no son obras las de su ilustrísima que haya quien se atreva á censurarlas: antes todos las celebran; pero como su ilustrísima me tiene mandado le hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tener la solidez de los precedentes. ¿Piensa su ilustrísima de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dijo:—¿Señor Gil Blas, con que esta composicion no es del gusto de vd.?—No digo eso, Señor ilustrísimo, interrumpí todo turbado; es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de su ilustrísima.—Ya entiendo, replicó, te parece que voy bajando: ¿no ese so? Acorta de razones; tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme.—Jamás, le

<sup>1</sup> Célebre crítico del tiempo de Ptolomeo Filadelfo.

contesté, hubiera yo hablado á su ilustrísima con tanta claridad, si espresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto no hago mas que obedecer á su ilustrísima, le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento.—No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que os reprenda tal cosa: en eso seria yo muy injusto. No me desagrada elque me digas tu dictámen, sino que me desagrada tu dictámen mismo; yo me engañé estremadamente en haberme sometido á tu limitada capacidad.

Aunque estaba tan turbado, procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar á un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no escuchar sino alabanzas.—No hablemos mas del asunto, hijo mio, me dijo: tú eres todavia muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: has de saber que en mi vida he compuesto mejor homilía que la que tiene la desgracia de no merecer tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavia de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes; quiero otros mas capaces de decidir que tú.—Anda, prosiguió empujándome para que saliera de su estudio, y díle á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Á Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre vd. todo género de prosperidades con algo mas de gusto.





## CAPÍTULO V.

Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el licenciado García, y como le manifestó éste su agradecimiento.



ALÍ del estudio maldiciendo el capricho, ó por mejor decir, la flaqueza del Arzobispo, y todavía mas irritado contra él que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si iria á tomar mis cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me privaria del derecho de poner en ridículo á mi buen prelado, lo que me proponia hacer siempre que se hablase en mi presencia de sus homilias.

Fuí, pues, á pedir al tesorero cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que acababa de pasar entre mi amo y yo. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me queria tanto, que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba sentimiento. No obstante el respeto que debia al Arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta; pero como en mi enojo juré que el prelado me las habia de pagar, y que á su costa habia yo de divertir á toda la ciudad, el prudente Melchor me dijo:—Créeme, amado Gil Blas, pásate tu pena y calla; los hombres plebeyos deben respetar siempre á las personas distinguidas, por mas motivo que tengan para quejarse de ellas. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna: pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerlos.

Agradecí al antiguo ayuda de cámara su buen consejo, y le prometí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo:—Si vas á Madrid procura ver á José Navarro mi sobrino, que es gefe de la repostería del Señor Don Baltasar de Zúñiga, y me atrevo á decirte que es un mozo digno

de tu amistad. Es franco, vivo, servicial, y amigo de hacer bien sin interes; yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dejaria de verle luego que llegase á Madrid, á donde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los piés. Tal vez hubiera marchado al instante á Toledo si hubiese conservado mi caballo; pero le habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaria. Resolví tomar un cuarto amueblado, formando mi plan de permanecer todavía un mes en Granada, y de irme en seguida á casa del conde de Polan.

Como se acercaba la hora de comer, pregunté á mi huésped si habria por allí cerca alguna hostería, y me respondió que á dos pasos de su casa habia una excelente, en donde daban bien de comer, y á la cual concurrían muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen, y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala bastante parecida á un refectorio: habia sentadas á una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, unas diez ó doce personas, que estaban en conversacion al mismo tiempo que iban despachando su pitanza. Trajéronme la mia, que en otra ocasion sin duda me habria hecho sentir la mesa que acababa de perder; pero como estaba entonces tan picado contra el Arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á la abundancia de su palacio. Vituperaba la variedad y multitud de manjares que se sirven en semejantes mesas, y discurrendo como pudiera hacerlo siendo médico en Valladolid, decia:—Desgraciados los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: por poco que se coma ¿no se come siempre bastante? Mi mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado.

Cuando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gabia del modo que dejo referido. Al instante que me vió, vino á saludarme precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y me ví precisado á aguantar un nuevo y muy largo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo:—¡Oh! vive Dios, mi amado bienhechor, que pues he tenido la fortuna de encontraros, no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero como no vale nada el vino de esta posada, si vd. gusta en acabando de comer irémos á cierta parte en donde he de regalar á vd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo: suplico á vd. que no me niegue este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á vd.

á lo menos por algunos dias en mi curato de Gabia! allí obsequiaria á vd. como á un Mecenas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Miéntas me hablaba le trajeron su racion. Empezó á comer; pero sin cesar de decirme de cuando en cuando alguna lisonja. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifesté sin misterio mi salida de la casa arzobispal, y le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. A vista de tanto como acababa de decirme, ¿quién no hubiera creído oírle, lleno de un sentimiento producido por la gratitud, declamar contra el Arzobispo? Pues no lo hizo así; antes al contrario, bajó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabras, y despues levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad, y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podia yo serle útil, ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándole con todo el desprecio que merecia, le dije bien alto para que me oyese:—¡Hola, hola! prudente capellan de monjas, vaya vd. á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

